

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

LUPERON Y HOSTOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EDITORA MONTALVO
Ciudad Trujillo, Santo Domingo,
1939



EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

LUPERON y HOSTOS



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EDITORA MONTALVO
Ciudad Trujillo, Santo Domingo,
1939





PROLOGO

Por Pedro Troncoso Sánchez





Cuando se acercaba la fecha centenaria del natalicio de Gregorio Luperón, el Ateneo Dominicano tuvo la aspiración de celebrarla con la producción de un estudio acerca del héroe, hecho por uno de los consagrados a la ciencia histórica con que cuenta la Sección de Historia y Geografía de aquella institución, que tuviera positiva importancia como obra de investigación; algo trascendental y nuevo que contribuyera eficazmente al mejor conocimiento del insigne prócer restaurador, de su alma, de su vida y de su obra; algo que no fuera un mero discurso literario basado en los hechos ya establecidos, aceptados y repetidos desde tiempo atrás en su historia personal y en la de la guerra contra España; un estudio, en fin, que fuera digno homenaje de centenario al gran guerrero y patriota, digno de aquel hombre extraordinario que, siendo casi totalmente un desconocido todavía después del 16 de agosto de 1863, se convirtió en muy poco tiempo, en plena campaña restauradora y por la sola virtualidad de su persona, en el primer soldado de la guerra antianexionista, al modo de esas montañas que por raro fenómeno geológico irrumpen de la noche a la mañana en el suelo horizontal de una llanura.

Aquel propósito hizo que el Ateneo pensara en Emilio Rodríguez Demorizi, joven investigador de nuestra historia a quien no vacilo en llamar ilustre, sin temor a abusar del término, y que le invitara a realizar la obra y a leerla en acto público el día en que se cumplieran los cien años de Gregorio Luperón.

Rodríguez Demorizi tenía en preparación, el Ateneo lo esperaba así, un estudio acerca del glorioso restaurador, un estudio limitado a un solo ángulo de su vida, fecundo en revelaciones: sus relaciones con Eugenio María de Hostos, lleno de luz y de interés, en que adquieren la mayor importancia unos documentos emanados del Maestro, y sacados a la luz ahora por nuestro incansable investigador, que ponen de manifiesto el juicio elevadísimo que al apóstol merecía el soldado y caudillo. No se oculta la importancia de este trabajo para dar a conocer y prestigiar en toda América una figura nacional, como es Luperón, presentándola al través del pensamiento y el corazón de una figura continental, como es el Señor Hostos. Rodríguez Demorizi dió forma a su obra comenzada y preparó un extracto de la misma, reducido a las dimensiones de una conferencia, para ser leído en el homenaje rendido por el Ateneo al gran dominicano la noche del 8 de setiembre de 1939, en que se cumplía el centenario de su nacimiento.

Ahora el autor la ofrece más ampliada en este opúsculo, que en suma constituye un relato documentado y crítico acerca de las relaciones entre ambos próceres, el cual, me atrevo a presumirlo, agota este aspecto de la vida de ambos, realizando y abillantando especialmente a Luperón, y colma la aspiración del Ateneo de honrarle dignamente.

Nada, por otra parte, puede estar más justificado que hablar también de Hostos en el centenario de Luperón. Todavía, puede decirse, estamos celebrando los cien años del Maestro, cumplidos el 11 de enero de este año. La conmemoración de su natalicio, esta vez, se confunde con la del héroe y justo es que se les recuerde juntos, que unamos sus almas grandes en un solo pensamiento, y es lo que con toda oportunidad ha hecho Rodríguez Demorizi. Razón mayor para ello es, además, que ambos próceres se amaron, se admiraron y se comprendieron; que ambos, al acercar sus corazones y sus mentes, identificaron sus anhelos para con la Patria dominicana, para con las Antillas y para con América, como lo demuestra documentalmente el historiógrafo en este opúsculo. En los anales de nuestras conmemoraciones, este es el año de Hostos y Luperón, y Rodríguez Demorizi, al honrar al último, ofrece su alma al través de la del otro en esta ocasión en que el Ateneo Dominicano ha que-



rdo penetrar en el tesoro de nuestro común acervo espiritual y mostrar con nuevos fulgores la figura del guerrero, patriota, estadista y escritor, de aquel gran Luperón que encarnó el mejor tipo de dirigente dominicano por reunir en su persona un alma templada, una voluntad férrea, una mente idealista y un corazón generoso.

Este nuevo fruto de la incesante labor investigadora de Rodríguez Demorizi confirma también, una vez más, las notables dotes de estilista con que él demuestra que se puede ser a un mismo tiempo un severo hombre de ciencia y un cultivador de la prosa bella, satisfaciendo así las exigencias estéticas del público oyente y lector dominicano, que no tolera ninguna producción científica si no le es ofrecida en la copa de oro y pedrerías de la palabra artística y la imagen seductora.

Pedro Troncoso Sánchez







LUPERON Y HOSTOS (*)

(*) En el Centenario de Luperón,
1839-8 de septiembre-1939





En las vidas predestinadas a idéntica misión suele haber señales misteriosas, denunciadoras de una voluntad extraterrena que va enlazándolas hasta sujetarlas al mismo imperio, en la vida y en la muerte, como ríos lejanos que al fin se arrastran sobre las piedras del mismo cauce.

Bajo este signo vinieron al mundo, en 1839, el uno en la isla de Puerto Rico y el otro en la de Santo Domingo, los ilustres próceres antillanos Eugenio María de Hostos y Gregorio Luperón. El puertorriqueño nació en los albores del año, el 11 de enero, y el dominicano en sus postrimerías, el 8 de septiembre.

Ambos llegaron a la vida en tierra esclava, pero ninguno recibió de la fatal herencia el más leve sedimento. Fueron esencialmente libres y a la libertad consagraron sus vidas ejemplares.

El hijo de Borinquen fué a la escuela desde temprano, obediente a su destino de civilizador; el hijo de Quisqueya, pasado apenas por las aulas, se fué a los rudos cortes de madera, en los feraces campos de Puerto Plata, fiel a su predestinación de soldado. Mientras Hostos se adies-

traba en las lides del pensamiento, Luperón blandía el hacha, que es también una espada.

En 1857, cuando Hostos principia en la Universidad de Madrid sus estudios de Derecho, Luperón se inicia en la política, en la Jefatura del Puesto Cantonal de Yásica, donde, sin conocer rudimentos de aquella ciencia, y sin necesitarlo, a veces imparte justicia por su propio brazo y se habitúa a hacer del derecho una deidad sagrada e inviolable.

En 1861, Luperón se niega a firmar el acta de anexión de la República a España, y por ello se ve obligado a emigrar a Cabo Haitiano, New York, México, Jamaica. Esa peregrinación no la emprende Hostos sino más tarde, en parecidas circunstancias, después de haber roto con España.

De 1865 a 1863, Luperón es de los primeros paladines de la guerra restauradora, contra la Madre Patria. En esos mismos años, Hostos, en Madrid, se hace activo propagandista de la libertad. Cada uno lucha con sus armas. Hostos escribe, en España, contra España. Luperón guerrea en Santo Domingo contra la misma España. Ambos pudieron decir entonces como dijera Hostos, refiriéndose a los sucesos estudiantiles de la noche de San Daniel, en la Villa y Corte de Madrid: "cuando comencé mi carrera política, la comencé por un acto de valor cívico".

El 23 de septiembre de 1868 se dió el grito de Lares, la primera manifestación armada del separatismo en Puerto Rico, cuyos organizadores, particularmente el Dr. Ramón Emeterio Betances, estaban en connivencia con Luperón, con quien contaban para darle cima a la heroica y malograda empresa. Poco después, el 20 de diciembre, Hostos pronunciaba en el Ateneo de Madrid su



memorable discurso contra el régimen colonial de España en América. Tomaba cuerpo, entonces, el ideal de Confederación de las Antillas, propugnado por Hostos y Luperón, sin que hubiese todavía ninguna relación directa entre ellos. Pero el destino iba acercándolos cada día más, por esa milagrosa fuerza de cohesión del ideal, hasta ponerlos el uno junto al otro, como dos espíritus que hubiesen estado ausentes de su centro. Falta, a veces, en muchas vidas, para crecer y para magnificarse, el contacto con otras vidas. Betances sin Luperón habría sido el errante agitador de siempre, perdido tras una fuerza centrípeta que organizara sus acciones, sin un sólo momento de reposo. Sin Luperón, en la vida de Hostos habría faltado algo esencial: la contemplación directa del hombre que él buscaba para darle forma a sus ansias de civilización y libertad en las Antillas. Igualmente, Luperón necesitó de ambos, de Betances y de Hostos, para hacer más perfecta su transmutación de soldado en estadista, de hombre de armas en hombre de pensamiento. Eran hombres diferentes, como dijera Hostos de Duarte y de Sánchez, pero eran hombres que se completaban.

El año de 1870 es el de las primeras luchas de Hostos por la libertad dominicana; y es también el año de más angustiosa actividad de Luperón.

Cuando el Presidente Báez quiere pasar de la torpeza de la anexión a España al criminal error de la sumisión a los Estados Unidos de Norte América, Hostos está en New York y allí mismo combate el nefando proyecto. Escribe largamente contra el propósito de Báez, en la prensa americana, y su voz alienta a los patriotas que luchan denodadamente por salvar la República. El liberal Senador Summer, insigne amigo de los dominicanos, y el General Grant, que conocen la oposición de Luperón a la anexión de Santo Domingo, también oyen la



dramática voz de Hostos. Mientras tanto, Luperón, arma al brazo, en el destierro o en los ensangrentados campos de la patria, lucha contra Báez y se opone tenazmente a la realización de sus designios. Así, por igual, Hostos y Luperón se convierten en próceres de la misma patriótica cruzada.

A fines de 1870 Hostos inicia su peregrinación por Sur América. La revolución de Puerto Rico, nuevamente fraguada, había sufrido un grave colapso con la fatal odisea de Luperón en el vapor **EL TELEGRAFO**, a la que Hostos alude en uno de los primeros escritos en que habla de su futuro amigo:

. . . . Se habían comprado cinco mil fusiles, seis cañones y parte de **EL TELEGRAFO**. El director de la revolución, Betances, no ha querido nunca llevarla por sí mismo a Puerto Rico, y contando con el auxilio de los dominicanos, se decidió fácilmente a socorrer a Cabral y a Luperón, abandonándoles los cinco mil fusiles, que cayeron en poder de Báez, y su parte en **EL TELEGRAFO**, que cayó en poder de las autoridades danesas de Saint Thomas.

Cuando Hostos regresa a New York, en 1874, la guerra de Cuba está en sus más álgidos momentos. En Santo Domingo el Presidente Báez ha sido derrocado, y los dominicanos tienen ya plena conciencia de su nacionalidad. Mientras Hostos toma parte en la frustrada expedición del General Aguilera, hacia los ardidios campos de la isla hermana, Luperón, en Puerto Plata, se erige en decidido protector de los soldados de la emigración, cubanos y puertorriqueños que habían formado allí animada colonia de trabajadores y patriotas.

A principios de 1875, tras la tentativa de expedición a Cuba, Hostos no sabe hacia donde dirigirse. Entonces recuerda, en su artículo *El horizonte de Santo Domingo*, sus luchas por la República, como si quisiera ganarse to-



davía más la buena voluntad del país hacia el cual, por fin, decide encaminarse:

Cuando Báez y los anexionistas de la actual administración de los Estados Unidos conspiraban contra ella en Santo Domingo (la autonomía de nuestra raza en el archipiélago), la misma pluma que hoy funda en la autonomía, es decir, en la independencia absoluta de nuestras islas, el porvenir común de todas ellas, defendía en 1870 la de Santo Domingo. . . .

¿Qué veía Hostos en aquella sociedad, poco menos que hundida en la barbarie, pero que a pesar de ello luchaba heroicamente por salvar su bandera de manos de anexionistas y tiranos? Su previsor espíritu, sus claros ojos veían en ella, indudablemente, el único punto de apoyo en que podía afirmarse su pensamiento político: la libertad de Cuba y Puerto Rico, la anhelada Confederación de las Antillas.

Algo más le atrae. Le llaman los cubanos y puertorriqueños de Puerto Plata, y los dominicanos que les protegen. Entre esas voces no faltará, seguramente, la de Gregorio Luperón.

El infatigable peregrino toma su bordón hacia Santo Domingo. Va a luchar, va a ganarse allí “algunos de los mejores amigos de su vida”; va a vivir sus más tremendos días de periodista; a contemplar de cerca una revolución y a mezclarse en ella, pero también a iniciarse en la profesión del magisterio; va a presenciar un espectáculo grandioso: la ascensión de Espaillat a la Presidencia de la República, por virtud del derecho triunfante, sin el estruendo ni el horror de las armas; y va, finalmente, a conocer a Luperón.

El 30 de mayo de 1875, el vapor americano TYBEE echó sus anclas al mar de Puerto Plata. Por primera vez



Eugenio María de Hostos pisaba tierra dominicana. Una y otra vez la dejaría, antes de reposar en ella eternamente.

II

Desde antes de la caída del Presidente Báez, en 1873, Puerto Plata ofrecía la impresión de un vasto campamento de patriotas y trabajadores. Cubanos y puertorriqueños, emigrados de su país por nobles pecados de patriotismo, habían plantado allí sus tiendas, al amor de los dominicanos. Luperón, apartado de la política, estaba al frente de su casa de comercio.

Allá se encontraron Hostos y Betances (*). Tras el abrazo a su ilustre compatriota, la visita a Luperón, que Hostos recordará años después:

Confieso que no dejó de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías. Pero allí, y así, lo conocí en 1875, puesto en contacto con él por su maestro, guía y amigo, el noble y primer ciudadano de Puerto Rico, el siempre desterrado Doctor Betances.

Desde entonces, hasta su salida de Puerto Plata, Hostos está en comunicación constante con Luperón. Se auxilian mutuamente; el pensador le sirve de secreta-

(*) También estaba en Puerto Plata, en esos días, el eximio dominicano Don Federico Henríquez y Carvajal, quien conoció entonces a Hostos y a Betances. En compañía de ambos estuvo en casa de Luperón. De ello ha dejado memoria en sus bellas e interesantes páginas *Evocando y recordando*, insertas en el opúsculo *Apotheosis del General Gregorio Luperón*, Santo Domingo, 1926, pág. 74.



rio al guerrero; y fraternizan de tal modo, que éste le llama "amigo de corazón y hermano". Hostos, en cambio, y muchos de sus compatriotas, ven en el insigne soldado al esperado Máximo Gómez de Puerto Rico.

La llegada de Hostos fué un acontecimiento en aquella sociedad en que se debatían, por medio de la prensa y la tribuna, con desusado ardor, los intereses más opuestos: los *luperonistas* contra los *baccistas*; y cubanos, puertorriqueños y dominicanos, contra el régimen colonial de España en las Antillas.

El recién llegado disfrutó de pocos días de descanso. Asumió muy pronto la Redacción de LAS DOS ANTILLAS, periódico semanal "exclusivamente dedicado a la defensa y propaganda de los intereses políticos de Cuba y Puerto Rico", que acababa de ser creado, el 3 de abril de 1875, bajo la dirección del puertorriqueño Enrique Coronado. En él colaboraba, a veces, Gregorio Luperón.

La compañía periodística reanudada por Hostos sufrió graves inconvenientes y tropiezos. Sus artículos, así como las actividades políticas de los emigrados, eran constante motivo de protesta de los representantes de España y de los periódicos ministeriales de Cuba y Puerto Rico, a su vez combatidos sin embozo por los periódicos dominicanos simpatizadores, en su generalidad, de la causa antillana.

Para cohonestar esa actividad hostil a España, a la que estaba ligada la República por el Tratado de 1874, cuyas negociaciones habían sido afectadas por las campañas políticas que tenían lugar en el país en pro de Cuba, LAS DOS ANTILLAS aparecía, ya por el mes de julio, fechado en Islas Turcas, aunque, como siempre, era editado en la imprenta puertoplateña de Don Manuel Castellanos. Esa prudente medida había sido adoptada



a ruegos del mismo Presidente de la República, General Ignacio María González. Pero ese ardid no tuvo el resultado apetecido. Las continuas acusaciones del BOLETIN MERCANTIL, el periódico gubernamental que Pérez Moris redactaba en San Juan de Puerto Rico, y las crecientes amenazas de las autoridades españolas dirigidas al Gobierno dominicano, impulsaron al Presidente González a dictar el decreto del 28 de julio de 1875, por el cual se ordenaba la supresión de LAS DOS ANTILLAS, de lo que protestó Luperón con su habitual entereza.

Del altivo heraldo de Hostos sólo desapareció el nombre. Surgió en el acto con el título de LAS TRES ANTILLAS. Una isla más se había incorporado al periódico, como si el formidable combatiente quisiese con ello ser más fiel al ideal de confederación de las Islas mayores del Caribe. Un nuevo úkase vino a suprimirlo, y el 12 de agosto un nuevo periódico sustituyó al desaparecido. Ya no eran las islas, ahora eran sus hombres, LOS ANTILLANOS, cuya vida fué tan efímera y combatida como la de los primeros.

A medidas más extremosas aún compelián las autoridades españolas a las dominicanas, en contra de los emigrados. Hostos se constituyó entonces en el más activo de sus resueltos defensores. En esa lucha, que fué creando en aquel ambiente una situación política adversa al Presidente González, Luperón aparecía del lado de Hostos.

En esos días el Gobierno resolvió la expulsión de los cubanos y puertorriqueños residentes en Puerto Plata. Luperón se opuso tenazmente a esa medida, e hizo, como dice él mismo,

un llamamiento a todas las sociedades que existían en Puerto Plata, y éstas le dieron su firme apoyo para impedir aquel horrible crimen de un Gobierno infame.



Esa actitud de Luperón contribuyó a que fuese considerado como enemigo del Gobierno, que ya veía alzarse ante sí la vigorosa oposición, esta vez armada de doctrinas, que logró abatirlo. Pero antes de ello tendrían lugar sucesos extraordinarios vividos igualmente por Hostos y Luperón.

El 23 de enero de 1876 es un día memorable en la historia de Puerto Plata. Un grupo de soldados, portador de siniestras órdenes, se acerca al hogar de Luperón. Va a hacer preso a quien jamás conoció “la pesadumbre de las prisiones”. Luperón rechaza la orden arbitraria y convierte su casa en un reducto inexpugnable. Desde el balcón, a tiro de fusil, dispersa la soldadesca. El pueblo, el Municipio, el Cuerpo Consular, los emigrados, acuden en auxilio de Luperón. Entre ellos está Hostos, que luego se complacerá en recordar el singular suceso:

Desde su casa y acompañado por un corto número de amigos se defendía tan denodadamente, que no sólo rechazó con buen éxito la fuerza armada que intentó penetrar en su hogar, sino que armó a sus parciales de la ciudad y del contorno, que se presentaban organizados en cuerpos a defenderlo y después se organizaron en cantón en las inmediaciones de Puerto Plata. La chispa que allá y en Santiago inflamó el ánimo de los pocos que deseaban fundar gobiernos de derecho y de los muchos que buscaban lo que nunca los descontentos o los ambiciosos en las revueltas civiles, concluyó por producir una revolución victoriosa.

El insólito atentado y la audacia de Luperón tuvieron eco resonante por toda la República. En Santiago, Ulises Francisco Espaillat, Máximo y Maximiliano Grullón y otros prestantes ciudadanos, protestaron del hecho en una altiva exposición dirigida, el 25 de enero de 1876, al Gobernador de Puerto Plata, General Ortea. Dos días después se inició en Santiago la llamada *Evolu-*



ción de Enero, según Hostos “único movimiento de doctrinas, única lucha de ideas que se ha sostenido en el país”. En tan graves momentos, Hostos está de tal manera ligado a Luperón, que es él quien redacta, el 28 de enero, el escrito en que éste agradece la protesta de Santiago. Es la voz de Hostos y de Luperón al mismo tiempo, que se extiende por toda la República, en uno de los más altos documentos de nuestra historia política. Escrito por Hostos, no había de silenciar su *idea fija*, el ideal antillanista. No hace falta en él la firma de Hostos, como no haría falta en el Manifiesto de Monte Cristi la firma de Martí. En uno de sus más salientes párrafos decía:

Para pactar con España, si efectivamente es necesario, empece-
mos por anular el Tratado con España, y por afirmar ante Dios,
ante América, y ante nuestra propia conciencia, que nunca come-
teremos la insensatez, que hoy es infamia, de ser dominicanos y
no ser antillanos, de conocer nuestro porvenir y divorciarlo del
porvenir de las Antillas, de ser hijos de la nueva idea y de abando-
narla en Cuba y Puerto Rico.

Mientras se desenvolvía el incruento proceso de la *Evolución de Enero*, el 5 de marzo abría sus puertas la Sociedad-escuela *La Educadora*, fundada por Hostos con el entusiasta y liberal concurso de Luperón, en una casa de éste, en la que funcionaba la benemérita Sociedad *Liga de la Paz*, rama de la creada en Santiago por el educacionista y prócer dominico-cubano Manuel de Jesús de Peña y Reynoso.

En *La Educadora*, primera escuela dominicana de carácter esencialmente doctrinario, el soldado restaurador y el peregrino de Borinquen se iniciaron en las nobles actividades del magisterio, en las altas enseñanzas de las doctrinas democráticas, del conocimiento de las constituciones americanas y particularmente de la dominicana,



y en la difusión del “pensamiento moral o social dirigido a armonizar los intereses generales de las tres Antillas hermanas”.

Hostos, Luperón, Fernández de Arcila, García Copley, eran los profesores. Junto a Luperón, Hostos se convirtió en maestro, nó en soldado; y el soldado se hizo aún más civilista. El feliz contagio los beneficiaba a ambos, pero Luperón quizás se aprovechara más de ello. Hostos no dejó de ser un pensador, cada día más fiel a ese destino. Luperón fué más dúctil a la necesaria evolución que debía resultar de esa alianza. Puede decirse que dejó de ser soldado desde entonces, y fué un pensador político, un propagandista de doctrinas republicanas, un campeón civil de la libertad y del derecho. Producto de esas tendencias de su espíritu fué su obra NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS.

Más que la relación de sus hechos heroicos, de su legendaria vida de soldado, esa obra contiene la doctrina de Luperón, la exposición de sus ideas políticas y de su acendrado nacionalismo, no exento de encendidas pasiones. En ese nacionalismo de primer orden no podrán señalarse mayores influencias de Hostos, porque esta era una virtud ingénita en Luperón, pero sí en su *antillanismo*, pues en contacto con el Apóstol ningún elevado espíritu pudo sustraerse a las irradiaciones del ideal que le obsedía con tan vivo ardimiento.

En *La Educadora*, las relaciones entre Hostos y Luperón se hacen cada vez más íntimas (*). En la escuela,

(*) Dice Juan Vicente Flores que Hostos declaró, “hablando en una de las reuniones populares verificadas en febrero de 1876, a raíz de los sucesos del mes anterior, cuan profunda e indecible satisfacción le producía el hallar en Luperón al tipo que buscaba en sus largas e incansables meditaciones de pensador sobre las cosas de nuestras Repúblicas hispano-americanas”. Juan Vicente Flores, *Lili, el sanguinario machetero dominicano, titulado Pacificador de la República en vez de Sacrificador y Verdugo de sus conciudadanos*, Curazao, 1901, pág. 29.



en el hogar, en las actividades públicas, siempre aparecen juntos, no obstante la situación política de Luperón, considerado como Jefe de la oposición al Gobierno de González, ya en sus postrimerías.

Los ataques de los adeptos de González, dirigidos a Luperón, también se extienden a Hostos. Nada menos que el periódico oficial, la GACETA DE SANTO DOMINGO, del 17 de febrero, acusa al Maestro de hacer “uso exagerado de la prensa”, de “tomar las armas” con el cubano Pedro Recio, y de

encabezar como Jefes de los cuerpos armados, de cubanos, que han fundado últimamente en Puerto Plata, sin legítima autorización, y, por último, de haber cooperado a encender la tea de nuestras discordias, asumiendo una inmensa responsabilidad, ofendiendo el sagrado de nuestras leyes y obrando contra nuestros propios intereses.

Hostos consideró calumniosas esas imputaciones y las rechazó valientemente en su artículo *Confesiones de un culpable*, publicado el 5 de marzo en EL PORVENIR, de Puerto Plata. En su vigorosa defensa de la actitud de la emigración cubana en aquellos momentos, hay también una velada defensa de la actitud de Luperón y una arrogante declaración de su adhesión al soldado. En ese escrito declaraba:

Si alguno, si muchos, si todos los proscritos de Cuba y Puerto Rico han deseado ardientemente que nuestro amigo el General Luperón saliera ileso de los ataques de que fuera víctima, y se han atrevido a desear para Santo Domingo el bien que para Cuba y Puerto Rico deseamos, no es pagar con infracciones de una ley escrita el hospedaje que debemos y agradecemos; es, al contrario, acatar una ley natural que nos compele a hacer ante nuestros hermanos y con ellos lo que quisimos ser en nuestro propio suelo.

Y más adelante agrega que se complace en considerar como



bueno entre los buenos a todo aquel que teniendo por patria la libertad, en cualquier parte ejercita ese augusto patriotismo... Que haya habido un puertorriqueño decidido a ser útil en estos momentos, como en cualquier momento, a este país, y que ese puertorriqueño sea yo, no lo he ocultado, no lo oculto, no lo ocultaré.

La verdad es que Hostos no había sido ni seguía siendo un mero espectador en los sucesos iniciados en enero de 1876, en Puerto Plata, que produjeron la caída de González. A pesar de las acusaciones de la GACETA DE SANTO DOMINGO, y de sus *Confesiones*, continuaba mezclado en los asuntos políticos del país.

Evidencia de esto es que, al renovarse la directiva de la rama puertoplateña de la *Liga de la Paz*, el 9 de marzo, Luperón fué elegido Presidente de ella y Hostos vocal. Y esa sociedad personificaba, precisamente, la oposición al Gobierno. Además, Hostos prestaba su personal concurso, en compañía de Luperón, en la Convención Electoral de Puerto Plata, en favor de la candidatura del insigne Ulises Francisco Espaillat para la Presidencia de la República, cuya plataforma fué redactada por Hostos, con toda probabilidad, lo que se deduce de una carta de Espaillat, del 27 de marzo, dirigida a Luperón, a Hostos, a Rodolfo Ovidio Limardo y a otros miembros de la citada Convención, en uno de cuyos documentos, indudablemente escrito por Hostos, hay una advertencia al pueblo dominicano que compendia todo un programa de vida republicana, y que Espaillat se complace en repetir:

Que la urna electoral es el único sucesor legítimo y pacífico de las balas (*)

(*) *Escritos de Espaillat*, Santo Domingo, 1909, pág. 323.



Gracias, principalmente, a Luperón, a Espaillat y a Peña y Reynoso, esta vez los comicios sucedieron a las balas: cediendo a la fuerza del derecho triunfante, sin las trágicas coacciones habituales en nuestras contiendas civiles, González descendió del poder; y Espaillat, elegido por el pueblo para sustituirle, fué proclamado Presidente de la República, el día 15 de abril del mencionado año de 1876.

Parecerá extraño que Hostos no esperase el triunfo inminente de la causa en que había puesto tan nobles y cálidos empeños. Algunos días antes de la proclamación de Espaillat, en la tarde del 5 de abril, salió en el TYBBE hacia New York.

Nada le detuvo. Ni las incitaciones del buen éxito de sus amigos, particularmente de Luperón, árbitro de la nueva situación política, bajo cuyo fraternal amparo habría podido dar mayor impulso a sus patrióticas faenas en pro de Cuba y Puerto Rico, ni los solícitos reclamos de la emigración, fueron parte a disuadirle de su resolución. Su lema, acababa de decirlo, era "compartir todas las pesadumbres de la libertad, y ninguna de las delicias del poder". Además, tal vez vislumbró, antes que nadie, que el brillante ensayo de doctrinas republicanas de Espaillat, angustiosamente efímero, sólo sería una breve luz que haría mucho más desolador y más patente el caos en que se debatía la informe sociedad dominicana. La fuerza de su destino de Apóstol le arrojaba de allí, como sol que debía iluminar en todas partes.

¡Qué honda emoción, qué pacto de almas habría en el abrazo de despedida de Hostos y Luperón! En la ausencia, precisamente, era donde había de contemplarse mejor cómo y qué profunda era la amistad que los unía. Tres largos años dura la ausencia de Hostos. Durante



ella nada ha de temer el peregrino; ni desazones ni miserias. La mano protectora de Luperón se extiende hasta él, a través de mares y de montañas.

Hostos llegó a New York a mediados de abril de 1876, y ya en noviembre estaba en Venezuela. Viaja con sólo la riqueza de su corazón y de su inteligencia, pero eso no basta a salvarle de miserias. Cuando Luperón recibe noticias de la angustiosa situación económica de su ilustre amigo, se apresura a socorrerle. Hostos lo recuerda algunos años después, en 1895, al enviarle a Luperón ciertas acreencias contra el Estado dominicano, en pago,—decía—de la suma que en tiempo de calamitosa expatriación le había remitido en 1876, a Venezuela.

El fundador de *La Educadora*, iniciado en Puerto Plata en los afanes del magisterio, servía el cargo de Rector del Colegio Nacional de Puerto Cabello, en 1878, cuando recibió las desalentadoras noticias de la Paz del Zanjón, término de la *guerra de los diez años*. Resistiéndose a creer la infausta nueva que ponía en riesgo la independencia de Cuba, se dirigió a Luperón, entonces desterrado en Saint Thomas, inquiriendo la verdad del caso. El ilustre dominicano, a quien acude Hostos en todas sus tribulaciones, parece que también se resistía a darle crédito a tan grave noticia, y contestó negando el hecho y alentando a su insigne amigo. El 17 de abril, Hostos anota en su *Diario*:

Son reconfortantes las cartas de Blanco y Luperón... El segundo me devuelve, en palabras cariñosísimas y en expresiones de profunda estimación, la confianza en los hombres que aquí me han hecho perder la estimación de mí mismo que aquí habían puesto a la muerte.

Tal eficacia tienen las palabras de Luperón en el ánimo de Hostos. Pero, al fin, anonadado por la dolorosa



realidad del Pacto del Zanjón, su alma se conturba, quiere salir de Puerto Cabello y no sabe hacia dónde. Los dulces recuerdos de Puerto Plata vuelven a su mente, y escribe:

Santo Domingo lo reúne todo para mí...

De Venezuela, al cabo, se trasladó a Saint Thomas y luego a Mayagüez. Llevaba roto el corazón. El sol de su vida, la Confederación de las Antillas, había sufrido inesperado eclipse; y así, entre desalientos y esperanzas, de nuevo encaminó sus pasos hacia Santo Domingo.

III

Hostos llegó a la antigua capital de la Española en marzo de 1879. El General Cesáreo Guillermo ocupaba la Presidencia de la República. Luperón,—“el brazo fuerte amparador del Señor Hostos”, como lo llama el fervoroso hostosiano Don Félix Evaristo Mejía, había regresado del destierro a su pueblo natal.

El momento era propicio para realizar el propósito de crear las Escuelas Normales, el pensamiento de Hostos tan cálidamente prohijado por Luperón en las fecundas veladas de Puerto Plata, en los inolvidados años de 1875 y 1876.

El 26 de mayo, dos meses después de la llegada de Hostos, su proyecto ya estaba convertido en Ley de Normales. Pero la Escuela Normal de Santo Domingo no pudo ser instalada con la premura con que fué votada la Ley que la creara. A ello se opusieron dificultades de di-



versa índole, vencidas al fin por un feliz suceso: la revolución contra Guillermo y la ascensión del General Luperón a la Presidencia de la República.

El Maestro tuvo entonces, más pronta y eficaz, la ayuda de su grande y generoso amigo. A las pocas semanas de ocupar Luperón la silla del Ejecutivo, en cumplimiento de sus órdenes se hacía la luz: la Escuela Normal de Santo Domingo abría sus puertas; se encendía “un faro repentino en la larga noche de nuestra profunda ignorancia”. Gloria de Hostos, gloria de Luperón, fué esa. En los tremendos días de Puerto Plata, en los angustiosos días del destierro, luego en la reconstrucción de la Patria, y siempre en íntima alianza, justo era que ahora ostentaran sus frentes el mismo gajo de laurel.

A mediados de 1880, un suceso inesperado vino a hacer más profunda la admiración de Hostos por Luperón: la llegada del General Antonio Maceo, tenazmente perseguido por las autoridades españolas de las islas vecinas, de cuya saña fué salvado por Luperón. Hostos presencié aquella lucha en que el ilustre dominicano dió tan brillantes muestras de su respeto a los derechos individuales, de su devoción por los héroes y de su amor a Cuba. Luperón era, en realidad, como decía Maceo, “amigo sincero y animoso de la causa de Cuba”. Hostos conoció al prócer cubano en esos días. Años después, a la caída del Titán, decía que éste era:

Como otros dos grandes hombres de color de bronce; como Petión, de los fundadores de Haití, de los libertadores de su patria el mejor auxiliar que Bolívar tuvo; como Luperón en la República Dominicana, de los libertadores de su patria, el mejor amigo que han tenido los revolucionarios de Cuba y Puerto Rico.

Al hablar de Maceo, en el pensamiento de Hostos flo-



taba, como una sombra amiga, el recuerdo de Luperón. ¡Cómo cada uno de esos acontecimientos, casi desconocidos y olvidados, pero trascendentales para la historia de las Antillas, los juntaba de pronto! Así, en la vida de cada uno de ellos, de Hostos, de Luperón, va proyectándose la luz del otro y convirtiéndose, a veces, en la misma lumbre, como en las noches estrelladas parece venir de un sólo astro la luz de las constelaciones.

Desde los primeros tiempos de la Normal, el sistema educativo de Hostos, radicalmente opuesto a los métodos rutinarios en boga, tuvo apasionados opositores. El Padre Billini, el Diputado Don Isaías Franco y otros, eran la voz adversa a Hostos; voz pronto vencida por las excelencias de la nueva escuela, cuyos triunfos tenían vigorosa resonancia en toda la República. Luperón, por su carácter combativo y por su adhesión a los métodos de la Normal y a su Director, no podía ver impasible el oleaje de insensateces desatado contra Hostos. En la carta que le dirige al Maestro, el 14 de junio de 1881, le expresa su indignación por la guerra que le hacen los “enemigos del verdadero progreso”, y le invita a trasladarse a Puerto Plata donde había, según él, lo que faltaba aquí, “buena intención y amor a la verdad”. Dice así la bella y cariñosa esquila:

Distinguido amigo mío:

Oportunamente recibí su estimada de fecha 21 de Mayo último, y la leí con entera satisfacción.

Ojalá que usted, cansado de la guerra que ahí le hacen los enemigos del verdadero progreso, obreros del oscurantismo y del retroceso, se viniese para acá, donde hay tanta buena voluntad para con usted y donde de veras se le estima y distingue.

Usted, naturalista social, estará ya fastidiado de tantos reptiles; pues bien, no dudo de que pronto tendremos la satisfacción de verle entre nosotros y usted la de verse fuera de tanta podredumbre.



Aquí se reproduce su artículo, muy luminoso en verdad, sobre la *Reforma*, la que considero como más adaptada a las condiciones sociales, no tan sólo de esta República, sino de las del continente latino-americano.

Si ahí, en la capital, no lo comprenden así, cúlpense ellos por incapaces de conocer la verdad, por temerariamente capaces de vestir el error con los atributos de la razón.

Puede ser que aquí haya errores, pero sí le aseguro que no hay temeridad.

Aquí hay lo que falta allí: buena intención y amor a la verdad.

Mi familia y yo presentamos a la suya, por conducto de usted, nuestros cariñosos respetos. Ella para usted, es siempre la misma, y yo el mismo, *Gregorio Luperón* (*)

En el mismo año de 1881, Luperón sale para Europa investido de la representación diplomática de la República. Allá cultiva personal amistad con hombres como Gambetta, Garibaldi y Victor Hugo; se sienta a la mesa de la Reina de Inglaterra; codéase con los poderosos en los gabinetes ministeriales, en los palacios y en el fausto de las cortes europeas; y siempre permanece esencialmente demócrata, como si en toda aquella grandeza no hubiera el más leve incentivo al omnímodo goce del poder, que desdeñara en repetidas ocasiones.

En París, el Dr. Ramón Emeterio Betances, el célebre revolucionario de Borinquen, acompaña a Luperón en calidad de Secretario de la Legación Dominicana. Antillana sería mejor llamarla. Allí encontró liberal refugio el famoso guerrero cubano Flor Crombet, protegido por Luperón y por Betances; desde allí se luchó por la liber-

(*) Las cartas de Luperón y de Fidelio Despradel, dirigidas a Hostos, y las de éste dirigidas a Luperón, hasta ahora todas inéditas, proceden del *Archivo de Hostos*, en poder de Don Eugenio Carlos y de Don Adolfo de Hostos, hijos del Maestro.



tad de las colonias españolas del Caribe, al par que por el progreso de Quisqueya.

Cuando en la capital francesa se sugirió formar una Confederación de naciones hispano-americanas, Luperón pidió, en su calidad de Enviado Extraordinario de la República Dominicana, lo que habrían pedido Hostos y Martí:

que se tuviese presente, para el proyectado Congreso, a las que serían repúblicas hermanas en nó lejanos días, Cuba y Puerto Rico (*)

En el tráfago de la vida europea, Luperón no olvida a sus amigos de Santo Domingo. Sigue en constante comunicación con Hostos, celebrando los triunfos de la Normal y estimulándolo en sus luchas de civilizador. En la carta que le dirige el 15 de febrero de 1882, van, para el Maestro, palabras de gratitud, de aliento y de cariño, y previsiones de gloria:

Mi muy querido y para siempre estimado amigo:

Aquí he leído con verdadero placer los brillantes resultados de los exámenes de la Escuela Normal, que usted dirige y lo felicito de todo corazón.

Muy grande se presenta el porvenir de mi patria, preparado con las luces que usted difunde en la juventud de un pueblo: su misión es más que meritoria, es sagrada.

Su método de enseñanza práctica y positiva hará de mi país una nación de ciudadanos libres, viriles, inteligentes, sabios, económicos y laboriosos: en una palabra, un pueblo civilizado y digno de llamarse un pueblo independiente en pleno siglo 19.

Todos los que sirven a mi patria, me sirven a mí, y yo, agrade-

(*) Rufino Martínez, prólogo a la obra de Gregorio Luperón, *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, Santiago, 1939, pag. 20.



cido profundamente de sus inapreciables esfuerzos, de sus inmensos servicios por la juventud de mi patria, en nombre de mi familia y mío le envío un abrazo; sí mi querido amigo, un abrazo con la más sincera cordialidad y con la más profunda gratitud.

Prosiga su tarea adelante y sin inquietarse por las dificultades que presentárseles puedan todavía, ya usted lo sabe, que no hay mérito en hacer lo fácil sino lo difícil. Hasta ahora solamente toca usted las espinas, después cosechará las flores.

Mil expresiones de la familia y mías para usted y su esposa, un beso para los niños y un abrazo para usted y para todos sus discípulos.

Soy muy suyo de corazón, amigo, *G. Luperón*.

En sus deseos de bien para la Normal y para Hostos, Luperón no se limita a las efusiones de la correspondencia privada. En carta pública del 31 de marzo de 1882, dirigida al Director del periódico puertoplateño EL PROPAGADOR, decía:

Ayuden vigorosamente con la prensa a todas las sociedades que se formen en todo el país, y todas con propósitos tan laudables. A la Escuela Normal de la Capital, que prestará grandes servicios a la República, pues de ese foco de luz saldrán maestros prácticos no solamente para los pueblos, sino también para todos los campos.

Hostos, a su vez, se interesaba por las actividades diplomáticas de Luperón. Cuando el soldado convertido en sagaz diplomático plantea en Francia el problema dominicano de la inmigración y la colonización, Hostos acoge la trascendental iniciativa y escribe largamente acerca del asunto, sin faltar elogios para quien,

ya en su gobierno de 1879 a 1880 probó que tiene un sólido espíritu de organización y algunas de las facultades positivas y negativas que se requieren para ser un verdadero estadista... Feliz-



mente para él, a Luperón toca la digna gloria de haber promovido en París la solución de este problema (*)

De retorno a Puerto Plata, Luperón está en más próximo contacto con Hostos. Su correspondencia no podía ser más grata al patriota y maestro. A la vez que le habla de la Normal, se refiere a la noticia de nueva revolución en Cuba, como si fuera el mismo Hostos que escribiera. Esta carta, del 12 de agosto de 1883, revela cómo estaban identificados esos altos espíritus:

Mi querido amigo:

Su grata del 2 la he leído con el gusto de costumbre.

No tenía conocimiento del atentado de que fué objeto en San Cristóbal su señor suegro, el doctor Ayala. Supongo que la justicia habrá hecho lo que le correspondía.

Si no ahí, tan cerca, puedo asegurar a usted, mi amigo, que aquí suena mucho el nombre de la Normal y de su infatigable director. Yo sé casi detalladamente los esfuerzos cuantiosos y benéficos que hasta la celebración de los últimos exámenes ha hecho usted en obsequio de la capital y en bien de la República; y aún más los que sigue haciendo, esfuerzos inteligentes, únicos en su género, que desde luego le captan a usted la admiración y la gratitud de algunos de los cercanos y de la mayor parte de los dominicanos lejanos.

Los frutos de la Normal han vuelto a palpase en los exámenes últimos. Eso me satisface por usted y me enorgullece por mi país, que es también de usted. Reciba pues, por ello, mis más sinceras y mis más amistosas felicitaciones, y crea que esa generación que usted está levantando no le será ingrata y crea que nosotros sabemos apreciar y aplaudir sus incansables desvelos, por preparar a la República del porvenir ciudadanos útiles.

(*) *Inmigración y colonización*, por E. M. de Hostos, en Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 1939, pág. 85.



En materia de candidatura para la presidencia de la República yo no he dicho una sola palabra. Sólo me he limitado a hacer comprender que es intempestivo el tratar ahora esa cuestión, puesto que todavía el presidente actual no tiene un año de gobierno. Eso más parece una conspiración que otra cosa.

La Nación, a su oportunidad, sabrá escoger el ciudadano que más acreedor sea de su confianza para dirigirla con mano segura al bien.

No deje de recurrir al gobierno para que se le paguen sus sueldos, pues no es justo, en manera alguna, que a usted le retengan sus haberes de ese modo.

Parece que nuestros hermanos de Cuba emprenden de nuevo la lucha por la libertad de aquella Antilla. El despotismo español es siempre implacable, feroz y odioso.

Mis votos más fervientes van encaminados a la providencia para que ponga el camino de la libertad a los pies de aquellos oprimidos y dé el golpe de gracia al tiránico dominio de España en Cuba. De ahí vendrá más fácilmente la libertad de Puerto Rico.

Proseguimos en el asunto de la organización de la instrucción superior en esta ciudad.

Muchas expresiones de la familia y más para usted y la suya. Reciba un abrazo de su amigo de corazón y hermano, *G. Luperón*.

Con actos más patentes que esas expresiones epistolares, Hostos y Luperón revelarían siempre su inquebrantable adhesión a la causa de Cuba, así como la fraternal solidaridad que les unía.

A fines de 1885 llegó a Santo Domingo el General Máximo Gómez, hospedándose en la Villa de San Carlos, cerca de la residencia de Hostos. Alejandro Woss y Gil ocupaba la Presidencia de la República. Ulises Heureaux, su principal sostenedor, ya había sido Presidente y se proponía serlo de nuevo. La necesidad que tenía el Gobierno de algunos pertrechos que habían llegado a Santo



Domingo, para Máximo Gómez, con destino a Cuba, y ciertas intrigas políticas aprovechadas por el receloso y expeditivo Heureaux, fueron pretextos del arbitrario encarcelamiento del General Gómez, el 2 de enero de 1886. Por ese medio se trataba, además, de echarlo del país, sin parar mientes en su celebridad y en su falta de ambición política, a pesar de que entre la deslumbrada juventud capitala no faltó quien expresara sus votos de verle al frente de los destinos de la Patria.

Entre los que protestaron de hecho tan insólito, Meriño y Hostos fueron los primeros. Hostos acudió al Presidente de la República y éste hizo por complacerle, tal como lo expresa en la siguiente misiva, del 8 de enero, dirigida al Maestro:

Estimado Señor y amigo: Al fin hemos convenido para conciliar todos los extremos que el General Gómez sea puesto en Libertad a la llegada del vapor americano. Esta reposición me hace faltar, en cierto modo, a lo prometido, pero me compensa del desagrado que esto me hace sentir, la seguridad que tengo de que usted sabrá benevolamente esperar un poco más lo que ayer debió recibir. De Usted S. S. y amigo, *A. Woss y Gil*.

El Presidente cumplió lo prometido. Máximo Gómez salió de la cárcel el día 12 de enero y el día 15 tomó el barco en que debía ausentarse. Al dejar el Ozama, el invicto soldado miraría tristemente a ambos lados de sus márgenes; y del fondo de su apesarado espíritu surgirían voces hermanas en idénticas glorias y dolores: en aquella ribera había sido encarcelado Cristóbal Colón; en esta otra, Duarte, Sánchez, Mella, él...

De Santo Domingo pasó Máximo Gómez a Puerto Plata. Allí permanecía, preparándose para nueva odisea, bajo la protección de un noble y decidido amigo, del fraternal amigo de Hostos, de Gregorio Luperón.



Hostos, conocedor de la penosa situación del guerrero, sigue preocupándose por su suerte y le escribe a Luperón rogándole que interceda en favor del soldado en desgracia, porque lo que en la República “no haga Luperón por Máximo Gómez, nadie puede hacerlo”. En este sentido se dirige, el 16 de abril, al ilustre puertoplateño:

Mi querido amigo: Recibí su carta, y es verdad cuanto en ella me dice. Y precisamente por serlo, me dolía su silencio.

He visto con la profunda satisfacción del patriotismo y con la alegría de la lógica, el resuelto continente y la noble actitud que ha tomado usted en el asunto relacionado con la llegada del General Máximo Gómez. El contraste entre esa y otras conductas hace todavía más digna de aplausos la de usted. Parece increíble que hermanos sean tan indiferentes, que sean tan fríos calculadores los hombres públicos de pueblos recién nacidos y que sea tan solitaria la viacrucis del derecho y la justicia en Cuba y Puerto Rico!

Comprendo íntimamente la situación moral de ese nobilísimo antillano, hijo de Santo Domingo por la tierra, hijo de todas las Antillas por la idea, y algo daría por poner en sus manos cuanto él necesita para salir del paso difícil en que lo ha metido su venida a la República; pero lo que en ella no haga Luperón por Máximo Gómez, nadie puede hacerlo. Yo estoy seguro de usted y sé que el esfuerzo suyo que no pueda realizarse, inútil sería intentarlo. Eso no obstante, deje que, en nombre del antillanismo que nos ha hecho amigos, le ruegue que despliegue en favor del digno representante de la Revolución de Cuba, todo el poder que usted tiene.

Siempre afectísimo amigo de usted, *Eugenio M. de Hostos*.

Finalmente, gracias a Meriño, a Luperón y a Hostos, Máximo Gómez reinició la aciaga peregrinación, para volver a su Patria en días menos tormentosos y estar en ella entregado a las nobles faenas del campo hasta la llegada de Martí. Sin proponérselo, había hecho aún más fuertes y más hondos los vínculos entre Hostos y Luperón.



¡Cómo le complacería a Hostos ver, junto a Máximo Gómez, extendiéndole la mano en horas de naufragio, al compatriota que más se le parecía, a Luperón. Ambos eran productos de la misma tierra, del Norte y del Sur; aguas del mismo río que si pasaron por filtros diferentes, conservaron en cambio los mismos caracteres. En los grandes, en los inmortales, basta un sólo mérito, un sólo rasgo esencial que les sea común, para hermanarlos en la historia. Así Luperón y Máximo Gómez. Y quizás no tarde en hacerse la luz, el esperado resplandor que revele sus semejanzas; lo humano, lo divino y lo genial que había en ambos.

V

En diciembre de 1888 Hostos se ausentó de Santo Domingo hacia Chile, con intenso pesar de la sociedad dominicana. El receloso Ulises Heureaux, Presidente de la República, le había arrojado sordamente al destierro, sin necesidad de ningún acto ostensible que pudiera señalarse como causa concreta de la partida del Maestro. Luperón le siguió muy pronto. Lilís los había vencido a ambos, con las imponderables fuerzas de su astucia. No convenían a su régimen, cimentado en la fuerza, los principios liberales y el ascendiente de Luperón, ni la luz poderosa que irradiaba el Señor Hostos.

Luperón, en su triste exilio de Saint Thomas, inútilmente concita contra Lilís a los hombres de armas; Hostos, desde Chile, con la misma inutilidad quiere crear entre sus amigos y discípulos un núcleo de oposición a



los tiránicos actos de Lilís. En una de sus cartas a Fidelio Despradel, de la valerosa juventud adversa a Heurekaux, le dice:

Lo que desalienta es el desaliento de ustedes. Unos desesperan, otros se encierran en sí mismos. Usted no vé ni de lejos el Moisés que haya de salvarnos de ese cautiverio. Pero yo si lo veo. Son ustedes mismos, los jóvenes, los nuevos, los incontaminados, los devueltos a la noción de la dignidad humana por el sistemático pisoteo de la dignidad. Sin duda que mientras esperen ustedes a Moisés, el Faraón seguirá pisoteando y esclavizando. Pero póngase todos a ser Moisés, y ya verán qué pronto y cuán buenas noticias me dán (*)

Al iniciarse la guerra de Cuba, en 1895, Hostos y Luperón siguen en el destierro. *Destierro* le llama el ilustre puertorriqueño a su ausencia de Santo Domingo, como si él y Luperón, ciudadanos de América, pudieran llamarse desterrados aún perdidos en el más inhóspito peñón del Continente.

Hostos, antillano, siempre está en *actitud dominicana*. Trabaja por la independencia de Cuba y Puerto Rico, a la vez que por la libertad de Quisqueya, que no considera libre bajo el despótico Lilís. El 10 de junio de 1895 le escribe al General Casimiro Nemecio de Moya, expulso en Saint Thomas:

Importa que nos pongamos en comunicación todos los que podamos coadyuvar de algún modo a la obra de hacer independientes a dos de las hermanas y libre a la tercera. . . Yo no sé lo que ustedes han hecho o hacen, ya en la empresa aislada de libertar a

(*) Las cartas de Hostos a Fidelio Despradel, hasta ahora inéditas, utilizadas en este trabajo, han sido copiadas de los originales gracias a complacencia del Lic. Roberto Despradel, hijo del destinatario, quien tuvo la gentileza de enviarnoslos desde su actual residencia de Berlín. Queda aquí constancia de nuestro reconocimiento.



Santo Domingo, ya en la mayor de ligar la obra de la libertad en una a la independencia en las otras dos Antillas; pero no puedo creer que no hagan algo, ni puedo pensar que no haya ocurrido a mentes tan vivas la idea del partido que la revolución de Cuba ofrece a los revolucionarios de las demás Antillas hermanas... Sobre esto escribiré al General Luperón, ampliando.

En efecto, al otro día, 11 de junio, Hostos le dirige a Luperón una carta trascendental; documento valiosísimo en que aparecen, claras y patentes, las invariables ideas políticas del Maestro, pero esta vez más concretas y orientadoras. ¡Cuántas previsiones, en parte cumplidas, las de esta carta! Parecería dictada por Martí, desde su sepulcro recién abierto, si las ideas de Hostos no fueran anteriores a las del Mártir de Dos Ríos. Las ideas de Martí, decía Hostos, no eran suyas exclusivamente, sino de la Revolución, y en ella Hostos era de los primeros. No necesitan de otros comentarios las palabras del Maestro y conspirador:

Querido general y amigo:

¿Por qué no toma usted en la dirección del movimiento de las Antillas que Cuba ha vuelto a iniciar, la parte que legítimamente le corresponde como uno de los libertadores americanos?

De usted, problemente, dependería la constitución de un centro directivo que, de acuerdo con el Comité Revolucionario de Cuba y Puerto Rico en Nueva York o Cayo Hueso, reuniera, organizara y de ahí encaminara las fuerzas y recursos revolucionarios de Santo Domingo y Puerto Rico, y de la emigración cubana en Puerto Plata y en las islas y tierras circunvecinas.

Si no me engaño, ha sonado la hora de un movimiento general, y es necesario, o secundarlo, o producirlo, a fin: primero, de liberar a Santo Domingo e independizar a Cuba y Puerto Rico; segundo, de combatir la influencia anexionista; tercero, de propagar la idea de la Confederación de las Antillas.

Es indudable que el paso previo es la liberación de la Repúbli-



ca Dominicana, que, una vez libertada de su actual ignominia, y sujeta al régimen político, económico y administrativo que ya hubiera podido asegurar su desarrollo, prosperidad e influencia, si se hubiera oído a quienes sabían lo que pensaban, sentían y decían, sería el centro natural y fecundo de reunión, concepción, acción y ejecución de los planes que los antillanos ganosos de asegurar el porvenir de las Antillas pudieran formar.

Para mí, que amo tanto a Santo Domingo como a mi propia Borinquen, y que probablemente la elegiré, como patria nativa de la mayor parte de mis hijos, para residencia final y sepultura, empezar por la libertad de Quisqueya es tan natural, que no hago, con pensarlo y desearlo, más que un acto de egoísmo paternal; pero, en el fondo de las cosas, es tan esencial la libertad de Quisqueya para la Independencia en Cuba y Puerto Rico, que si acaso la de Cuba sobreviene sin ella, lo que es la de Puerto Rico y la Confederación, nó.

Pues bien: si se organiza sobre estas sólidas ideas un centro de acción que pueda decir a estos pueblos, por medio de delegados *ad hoc*, lo que ha de ser el resultado de la revolución de las Antillas, tal vez conseguiríamos de ellos, no sólo para Cuba, sino para ustedes y nosotros, los quisqueyanos y borincanos, la ayuda material y moral que, de otro modo, no prestarán.

Piense en esto, mi querido amigo, y cuente con los esfuerzos de su siempre amigo, *E. M. Hostos*.

Desde su solitario retiro de Saint Thomas, Luperón correspondió al conminador mensaje de Hostos. Ambos pensaban igual, de igual modo estaban identificados, circunstancia jubilosa para Hostos, como se lo comunica a su fraternal camarada en una bella carta del 20 de agosto del mismo año:

Querido amigo;

Antenoche fué júbilo para mí: llegó su carta. La leí con muchísima alegría, porque venía de un amigo siempre querido y siempre estimado como una de las esperanzas de las Antillas; pero al mismo tiempo, la leí con tristeza, pensando en que usted es tam-



bién un desterrado, como yo, y en que, también como yo, apuraré las amargas heces de ese cáliz.

Cuando escribí a usted, uno de mis propósitos fué inquirir de usted cómo y con qué ojos contempla usted la actual revolución de Cuba. Con vivo placer veo que tiene usted las mismas esperanzas de independencia que a mí me inspira: pero no me dice usted si algo se hace ahí por Cuba y Puerto Rico.

Yo estoy tan inquieto con esta forzada lejanía en que estoy de mis Antillas, que, si no fuera por la familia, ya me habría acercado al centro de los sucesos. A ese fin he pensado en un consulado en cualquiera de las tierras próximas, hasta en Santo Domingo, a donde no pensé volver sino cuando pudiera hacerlo sin tener que precaverme.

Devuelvo a usted los vales por quinientos pesos que me expidió el Gobierno dominicano en reconocimiento de sueldos insolutos, y que remití a usted a mi salida de aquel país, en pago de la suma que en tiempo de calamitosa expatriación usted me había remitido en 1876, a Venezuela. Guárdelos hasta que usted pueda reembolsarse.

De todos modos, mil agradecimientos por esta nueva prueba de delicadeza y cuente siempre con el afecto de su invariable amigo,
Eugenio M. Hostos.

VI

Desde Chile, Hostos ve prolongarse la tiranía de Heureaux y el silencioso exilio de Luperón. Parecería que a Hostos le duele más la expatriación que a su esclarecido compañero y que se indigna ante la pasividad de Luperón, que no se decide a salvar a Quisqueya del oprobioso régimen de Heureaux. ¿Olvidaba Hostos que Lilís era hechura, puede decirse que hijo de Luperón, y que, no



obstante, había dado el singular ejemplo de volverse contra el hijo al verle convertido en tirano? Ni esa consideración le movía a la indulgencia. Pedía la acción y ya era imposible. Luperón estaba camino del sepulcro. En el árido peñón sólo le hacían guarda la pobreza, el abandono y un mortal quebranto. Algunos amigos, Cayetano Armando Rodríguez, Dimas Moya y otros, de vez en vez endulzaban sus trágicas horas de soledad.

Hay, sin embargo, en el intenso drama del héroe, una luz de suprema consolación, un acto inusitado en nuestra historia. Lilís, el Presidente de la República, cruza el mar, abandona su feudo y viene en busca de su "padre" y adversario. La reconciliación de estos hombres, su primera entrevista en la desolada Isla de Saint Thomas, es una escena profundamente emocionante.

En tono filial, pero ostentoso de su gesto, dice Lilís:

—Es la primera vez que un Presidente sale de su país en busca de un enemigo...

—Estabas obligado a ello!

le responde el arrogante enfermo.

Luego, Lilís y Luperón retornan a la Patria, por el mes de diciembre de 1896. No es la vuelta del hijo pródigo; es más aún: es el amor a la tierra nativa sobreponiéndose a todas las pasiones.

Hostos, cada día más hostil a Lilís, pero humano y sensible, esta vez aplaudió al déspota, aunque breve y secamente, como si temiera que su aplauso fuera extensivo al pensamiento recóndito de Lilís, siempre proyectado hacia alguna finalidad más o menos impura.

Desde Chile, en carta del 20 de febrero de 1897, dirigida a Fidelio Despradel, decía:

De dos hechos principalmente me ha noticiado el Señor Gon-



zález, que me han producido hondo efecto: el uno es la enfermedad de mi amigo muy querido y muy estimado, el General Luperón, a quien no sólo quiero como libertador, sino como hombre. Hagan ustedes, cuantos son mis amigos, por endulzar los amargos días de ese noble representante de los días heroicos de la Patria.

El otro hecho que me ha parecido bueno y laudable es la actitud en que según me dice el Señor González, se ha colocado el Presidente de la República.

Poco después, el 21 de mayo, en su amado pueblo de Puerto Plata, se desataba de la carne corroída por el cáncer el alma de Gregorio Luperón.

Del otro lado de los Andes, en el lejano Chile, Hostos recibía constante información de cuanto sucedía en la patria de sus hijos. Fidelio Despradel, el consecuente amigo, es quien le dá la funesta noticia, en carta del 5 de junio:

Cuando ésta le llegue, ya usted habrá sabido de la muerte del patriota General Luperón; murió en la madrugada del 21 del mes próximo pasado, a las doce y cincuenta minutos. En sus últimos días, que fué cuando tuve la dicha de conocerle, hablábamos con frecuencia de usted: pude penetrarme, y eso me regocijó, de que él supo siempre corresponder al puro afecto con que usted lo distinguía. El General Luperón deja escrita una Historia de la Restauración con apuntes hasta nuestros días, en tres tomos. Yo he podido leerla merced a una complacencia suya y tuve una sorpresa grata al tropezarme en uno de esos tomos con un documento escrito por usted, y firmado por el General, allá cuando los asuntos de la LIGA DE LA PAZ en Santiago (*). Sentí pena ayer cuando el Señor González me dijo que traía para el General Luperón una carta de usted, porque si esa carta hubiera llegado a tiempo, habría sido para él una gran satisfacción de los últimos días de su vida.

(*) Refiérese a la carta de Luperón, escrita por Hostos, a que se ha aludido anteriormente, dirigida a Máximo Grullón, Espaillat, etc., el 28 de Enero de 1876, inserta en la obra de Luperón, *Notas autobiográficas y apuntes históricos*..... Ponce, 1896, Vol. II, págs. 273-278.



Las aciagas noticias de la muerte de amigos tan estimados como Paíno Pichardo y Eugenio de Marchena, o de mujer tan querida y admirada como Salomé Ureña de Henríquez, angustiaban el corazón de Hostos y hacían que el llanto acudiese a sus ojos, perdidos tristemente en la enorme lejanía de Quisqueya. Entonces tomaba la pluma, como si quisiera liberarse de amarguras y de lágrimas, y escribía. Escribía, para los periódicos, artículos en que exaltaba fervorosamente las virtudes y los méritos del desaparecido; y quejumbrosas cartas para los amigos o parientes del que acababa de irse de la vida. De esas cartas, la que escribió a Fidelio Despradel, el 5 de septiembre de 1897, es quizás la más triste al par que la más patética:

...qué no daría yo por volver a bañarme en las brisas deleitosas de Puerto Plata, que son las en que con más deleite me he bañado!

Cierto que me faltarían algunos amigos, entre ellos Luperón. Pobre Luperón! Haber batallado con tanta fuerza y tanta eficacia por la Independencia y por la libertad de su patria; haber amado tanto a nuestra patria antillana; haber sido tan capaz de servirla del modo más efectivo; y más brillante; y haber tenido que pasar años enteros en el destierro insano, muerte de ilusiones, esperanzas y aptitudes que nadie sabe, sino sufriendola, cuánto y cómo ayuda a la muerte de los órganos. Pobre Luperón! Mi pobre amigo! Mi buen compañero de esperanzas para la patria grande que estábamos queriendo formar.

Es necesario que ustedes cultiven en el pueblo y en sí mismos la memoria de Luperón. Faltas a un lado, que, por otra parte, sirven para medir la grandeza de los hombres, pues que hombre, en la acepción filosófica, no es más que la distancia a que un alma se pone de los instintos que nos mortifican, Luperón debe ser querido por sus virtudes cívicas, y considerado como uno de los más atractivos ejemplares del *self made man* que ofrece esa nuestra Quisque-



ya, tan fecunda en esa clase de hombres, pues sólo así habría andado tanto camino en tan poco tiempo.

Fecunda tierra de abuelos e hijos míos...! Ah! Si como es de feraz, fuera de afortunada!

Hostos no se limitó a enjugarse el llanto, como en breve pañuelo, en esta carta. Escribió en seguida, con la misma emoción que le poseía en ese instante, uno de sus más bellos y dolientes estudios biográficos. La muerte del soldado arrancaba del alma de Hostos sus más conmovedores ayes. Nunca pareció el Maestro más íntimamente adolorido. En la magistral semblanza del héroe muerto hay mucho de su propia vida. A veces, al hablar de Martí, de Betances, de Máximo Gómez, de Aguilera, de Plácido, de Salomé Ureña, y de otras figuras americanas, Hostos habla de sí mismo. Pero cuando más habla de él, es cuando escribe acerca de Luperón. ¿Qué prueba más viva y elocuente, qué testimonio más claro de que ningún espíritu se identificó tanto con el suyo como el espíritu de Luperón?

VII

Para Hostos, el 16 de agosto de 1863, la Restauración de la República, es una fecha de más alta significación que el 27 de febrero, la Separación de Haití. En esta última no aparecía el invicto restaurador, pero sí en aquella, en la que él admiraba tanto la trágica muerte de Sánchez, el ejemplo de Puerto Plata y de Santiago y el

fatigante patriotismo de Luperón que, al compeler a planazos a los



moradores morosos en la defensa de la justicia, personifica esculturalmente las agonías de su pueblo que no quiere aceptar la muerte injusta.

La preferencia es explicable. La Restauración era una guerra contra España, y Hostos, desde su mocedad, estaba guerreando contra España.

En esa guerra, dice Hostos,

no hubo ninguno que personificara con más ardor que el General Luperón, el deseo de reconquistar la autonomía nacional.

Y vá más lejos todavía. Le compara con uno de los más preclaros ciudadanos de Francia y de su época:

Si hubiera de juzgarlo como hombre,—dice—levantaría con orgullo la cabeza para declarar que fué uno de los hombres a quienes más altas prendas conocí, por lo cual fué uno de los hombres a quienes más he estimado.

En los días de la Restauración, que fueron días de prueba para el carácter, Luperón se presenta a la historia de su patria como comparece Gambetta en la historia de la defensa nacional de Francia (*)

A éste, por más conocido el escenario, lo vé todo el mundo en

(*) Luperón y Gambetta, de quienes Hostos hace breve paralelo, estuvieron unidos por sólida y cordial amistad. Luperón recuerda al prócer civil francés en sus *Notas autobiográficas y apuntes históricos*: “Los legisladores de entonces (1880) rechazaron, tanto la ley de las estampillas como la de conscripción militar; y sin embargo, por estas dos leyes recibió el Gobierno Provisorio las más honrosas felicitaciones de los gobiernos norte-americano, inglés, francés, belga y alemán. Para mayor honra y satisfacción de ese Gobierno, el gran Gambetta se sirvió de esa misma ley de conscripción dominicana para reformar la Francia militar, que hoy respetan y admiran hasta sus propios enemigos. El mismo Imperio Alemán, que tenía su ley de conscripción militar obligatoria fijando siete años de servicio para igualar su ejército al de Francia, la reformó, fijando tres años de servicio en el ejército. Estas declaraciones las hizo espontáneamente el mismo Gambetta a Luperón, no sólo en su gabinete como primer Ministro del Gobierno francés, sino también en banquetes públicos” (Gregorio Luperón, *Notas autobiográficas.....*, vol. 3, Ponce, 1896, pág. 60)



el momento del apogeo de su patriotismo... A Luperón nos lo representa nuestro amor a la Independencia, derecho tan alto y tan sagrado en Francia, en el momento culminante de su heroico patriotismo, cuando, según la tradición, perseguía a planazos a los irresolutos y tibios con la patria.

Estatua por estatua, si seductora de buenos es la actitud de Gambetta, más seductora de fieles al bien y a la justicia es la de Luperón: el francés se erigía su estatua con actos que el mundo contemplaba, que la expectativa del mundo estimulaba, que la admiración del mundo hacía fáciles y placenteros: el quisqueyano no sabía siquiera que se le estaba estatuando en la historia de su patria, cuando, desentendiéndose del mundo, sin más testigos de su heroísmo que los testigos de él, realizaba en el fondo oscuro de las selvas, en desconocidos lugarejos de un país desconocido, los prodigios de actividad, movilidad, entusiasmo y convicción que dieron a luz la segunda República Dominicana.

En Gambetta, la gloria era un estímulo de todos los días, de cada hora, de cada despacho telegráfico, de cada salutación, de cada aclamación, de cada ovación que recibía.

Al pobre sostenedor del derecho en Quisqueya, ¿qué ovación lo recibía, que aclamación, siquiera, lo estimulaba; qué salutación, al menos, lo enardecía? El apodo que dá la fuerza escandalizada al derecho que la escandaliza: *bandolero*.

Bandolero, bandido, salteador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fueron Miranda, como lo fué Hidalgo, como Bolívar, Morazán, Mariño, Gamarra, Santa Cruz, O'Higgins, San Martín, Artigas, como lo fué Narciso López, como lo fué Céspedes, como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la re-suelta resolución de no consentir amos en su tierra (*)

Al terminar su emocionante página, Hostos habla del llanto de la Patria y de los amigos de Luperón, por no hablar sólo de sus propias lágrimas. Más que la

(*) *Luperón*, por E. M. de Hostos, en Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, 1939, págs. 309-316.



muerte del patricio y hermano, lloraba la pérdida que sufría la causa del antillanismo, “la hermosa quimera de libertad” que con “el ánimo y el brazo de Luperón” se habría realizado.

Años después, muerto Lilís, Hostos volvió a Santo Domingo. El Presidente de la República y el pueblo dominicano le reclamaban. Y no tardó en visitar a Puerto Plata. ¡Cuántos recuerdos se agolparían en su mente, en la ciudad de Luperón, en aquel pueblo tan íntimamente ligado a su existencia, junto al mar y a la montaña que fueran deleite de sus ojos en la ya lejana primavera de 1875!

Entonces, como si concentrara todas las fuerzas emocionales de su espíritu en un puñado de palabras, trazó el más alto elogio que haya merecido Puerto Plata. En ese elogio, veladamente, hacía una exaltada síntesis de la vida política de Luperón y de su propia vida, ya que ambos habían sido la más perfecta encarnación de las luchas e ideales que nacieran, años atrás, como ante el pórtico de un templo, al pie de Isabel de Torres:

Aquí, bañándose en el baño de vida que es la brisa de ese mar, dominicanos, cubanos y puertorriqueños fabricamos un día el ideal. Por aquí pasó Betances; por aquí pasó Martí; por aquí pasó Luperón. De aquí, unas tras otras, salieron voces de estímulo para Borinquen; voces de entusiasmo para Cuba; voces de libertad para Quisqueya. Aquí se forjó la redención de Puerto Rico; aquí se fulminó la sentencia de muerte del coloniaje español en las Antillas; aquí se decretó la regeneración de Quisqueya por la libertad, por la verdad, por la justicia. Desde aquí se predicó la doctrina del bien para los hombres de nuestra familia histórica; desde aquí se preceptuó el principio de tolerancia para todos los pareceres contrarios a la reforma de la vida en estos pueblos; desde aquí se promulgó el dogma de la Confederación de las Antillas como objetivo final de nuestra historia. Campos, aguas, lomas, gentes, cuanto queda



respetado por la muerte, todo conserva aquí la sombra del ideal que aquí nació.

Hostos no sobrevivió a Luperón por mucho tiempo. Seis años después que el héroe, rindióse a la muerte el espíritu del formidable pensador.

El que nació primero fué último en la muerte. Y bien que fuera así: que muriera el guerrero antes que el Apóstol, para que sobre la tumba del soldado floreciera eternamente, consagradoramente, el glorificador responso del Maestro.

No tuvo Luperón la enorme fatalidad de Máximo Gómez, victorioso al frente del Ejército Libertador, en Cuba Libre, sin que Martí pudiera contemplarlo y la maravilla de su palabra hiciera de él un semi-dios.

Luperón antes que Hostos. Antes que la luz extinta, el eclipse de la espada. ¡Uno tras otro se fueron al sepulcro, para alzarse hermanados en la Historia!



